

—Vaya! vaya! silencio Mariotto! dijeron los que no habian sido nombrados aún. Si ha sido todo una pura chanza..... guarda tu carlino, y gánalo!

—San Gennajo! exclamó el improvisador; ya sé que todo ha sido nada mas chanza!..... Yo tambien he querido chancearme un poquito.... Esto alegra el ánimo, mis queridos amigos.... No sabemos todos que mi comadre Taddea vende los mejores buñuelos de la Strada-di-Porto? que Russola se halló el reloj del inglés? y que Miterino queria solo calentar á su querida muger?.... Lo que sucede, palomitas mias, es que hablásteis muy de prisa!.... Mi noticia vale diez carlinos en vez de uno.... y aun si mucho me apurais, el precio será un duro!.... Sabéis por qué hay baile esta noche en el palacio Doria? No? Ni cómo lo habeis de saber?.... No alternais, mis pobres pichones, con esas gentes, y á penas las veis cuando van en coche á la iglesia....

—Y tú los ves de mas cerca, no es verdad, Mariotto? le interrumpió Farfalla, que le conservaba algun rencor.

—Yo, respondió con dignidad el improvisador, no adulo á los grandes, pero frecuento su trato..... soy primo lejano de Marin Caffaro, el segundo camarista de Loredano Doria..... Hay baile en el palacio, porque la contessina va á celebrar esponsales....

—Con Fulvio Coriolani! exclamaron todos á una voz.

—Vaya! lo que es ahora, si habeis adivinado, mis amigos!.... Y qué hay en ello de admirable? teneis tanto talento!..... pero no es esa todavía mi noticia.

Todos los oyentes se acercaron mas y mas al improvisador.

—Mi noticia, continuó Mariotto, no vale un peso duro, vale veinte.... El príncipe Coriolani ha sido asesinado esta noche!

VII.

EL SALTARELLO.

HUBIERASE podido decir, que aquella masa compacta de atentos oyentes acababa de recibir un choque eléctrico.

Retrocedieron un paso, y el círculo se ensanchó maquinalmente.

Esto se verificó en medio de un profundo silencio; el silencio del estupor.

Luego se levantó un gran clamor, formado por mil voces distintas

—Es posible!

—Coriolani asesinado!

—Si es Malatesta quien ha hecho eso, por San Juan, que no entrará al paraiso.

—Dónde ha sido la muerte?

—A qué horas?

—Se conoce á los asesinos?

—Tate! tate! tate! dijo Mariotto, orgulloso y contento con el efecto que habia producido; creéis que muchos os hubieran dado noticias como esa por un carlino?..... Mis amigos queridos, cuando digo asesinado, no es porque yo haya visto el cuerpo.....

Hubo entre la multitud un gran suspiro de consuelo, porque el príncipe Coriolani era adorado en Nápoles.

—Pero, replicó el improvisador, no por eso están mejores las cosas, os hago jueces.... Habia gran festin en el palacio Doria. El príncipe estaba allí, como es justo, colocado al lado de la contessina.....

—Oh! dijo Masacchio; el ángel del cielo!

—Bella y dulce, como la madre de Dios! dijo un *facchino* reconocido. Y otros muchos:

—Dejadlo que hable! dejadlo que cuente!

—Era un gran placer verlos á los dos juntos, continuó Mariotto; el príncipe tenia en el pecho todas sus cruces, y brillaba como un sol....

Angélica, la adorada criatura, estaba vestida de blanco, y se parecia á una de esas cándidas flores del naranjo, que se abren por la tarde, para perfumar la brisa nocturna....

Pero, he aquí otra cosa, querubines míos! Habia tambien festin en casa de Malatesta, y Dios sabe que allí no se celebraban esponsales ningunos!

Habia allí una docena de jóvenes endiablados, ébrios de cólera todos contra ese amable cordero de Coriolani, por la estocada que le dió al marqués, y por el amor que ha sabido inspirarle á la divina condesita!

El festin tenia lugar, con el pretexto de celebrar el restablecimiento de Malatesta, que quedaba curado de su estocada.

Estaban allí todos los elegantes que no pueden brillar ya desde que el príncipe Fulvio se presentó en nuestra ciudad; todas las estrellas que ese astro ha eclipsado; los Pitti, de Florencia; los Ziani, de Venecia; los d'Angri-Vespucio-Doria, los Colonna, y los dos Doria-Panfilii, de Bolonia, y otros, y otros.....

Todos príncipes! No son príncipes los que faltan en Italia, mis buenos amigos; pero hay príncipes de príncipes. Buscadme otro como Fulvio Coriolani!

Lo que estaban haciendo en casa de Malatesta? Mirad; están todos rabiosos de celos, porque S. A. R. Francisco de Borbon [Dios le conserve cien años] asiste á la ceremonia, y porque el rey Fernando mismo (plegue al cielo darle la edad de Mathusalem) debe poner su firma al contrato.

Pues bien! estaban tramando un complot!

Y hé aquí lo que ha sucedido; voy á decir la verdad, ni mas ni menos, lo juro por mi salvacion!.... Es necesario ser uno muy loco, para perder por una *hablada* su parte del paraíso!.....

A eso de las cinco de la tarde, el festin del palacio Doria habia casi terminado. Se habian sentado á la mesa á eso de las dos.

El príncipe real estaba sentado, mirando con una amable sonrisa á Angélica.

Una carta llegó: de dónde vino? Podeis hacerme trizas, como picadillo, y no os lo diré, no señores..... porque no lo sé.

Al diablo esos que inventan fábulas!

La carta era para el príncipe Coriolani. Al leerla, se puso muy pá

lido. Se levantó. Le habló en voz baja al príncipe real, y luego salió, diciendo: Ya vuelvo.....

Mariotto hizo una pausa.

Cien voces ansiosas esclamaron:

—Y no ha vuelto?.....

—Aguardad, mis amigos predilectos! cómo quereis saber el fin de la historia, si no me dejais hablar?

Ya habeis sabido muy bien, que esta mañana fué á bordo del *Pausilippo*, que llegaba de Marsella.....

—Sí, sí, respondieron.

—Estábamos allí! dijeron algunas voces; por mas señas, que hizo subir en su coche á dos mugeres enlutadas y con el rostro cubierto con un velo.

—Pues es una ventaja que me llevais, tortolitas..... Yo no lo sabia..... no estaba allí..... no..... nadie puede estar en dos lugares á la vez..... pero si hubiera estado, á fe de cristiano que hubiera acabado por saber quiénes eran las enlutadas..... En fin, no importa..... Las llevó, no se sabe dónde, y hé aquí lo que complica la aventura.....

Vais á ver. Una media hora se pasó en espera, allí, en el palacio Doria; luego una hora, dos.... quien sabe!

Y Coriolani no volvía.

Todos los que estaban en casa de Malatesta, ya os acordais, los Pitti, los Ziani, los Colonna, los Vespucio, los Panfilii y comparsa, llevan relaciones, y visitan, como es justo, el palacio Doria. Llegaron á eso de las siete. Sus cabezas iban no se cómo; habia allí vino de Sicilia y vino de Francia, tambien os lo juro!

Si viérais cuánto hablaron! qué cosas dijeron!..... Contaron lo de las dos damas enlutadas, y la pobre Angélica se desmayó en los brazos de su hermano.

Pero, Dios santo! han hablado ya bastante de otras! No son las bellas las que escasean en torno de Fulvio Coriolani. Y á decir verdad, si no está hecha aún la boda, por qué censurarle ya sus amores?

Loredano Doria escuchaba todo, y permanecia silencioso. Es un romano; sabe callarse. Sabeis la razon, palomitas? Es, que todo el talento de la Italia ha venido á concentrarse en Nápoles....—

Esta opinion valió á Mariotto un largo y unánime aplauso. Tal triunfo le dió mucho gusto, pero hubiera preferido un segundo carlino.

Prosiguió:

—Si estais contentos, mis verdaderos amigos, tanto mejor; yo hago lo que puedo.

He aquí, que el príncipe real estaba muy irritado.... se acercó á Loredano y le habló en voz baja.... Loredano respondió en voz alta: "Hasta el momento mismo del sacramento, puede uno retractarse....."

Sin embargo, no habian faltado algunos que partiesen en busca de Coriolani. Eran unos buenos hombres esos: el coronel San Severo, que tiene seis piés de estatura, el anciano banquero Masimo Dolci, el caballero Hércules Pisani, que andaba siempre en compañía de ese bribon de Altamonte..... Ah! si hubiera sabido que era un bandido!....

Y todos los verdaderos amigos de Borbon y de Doria.

Habian dicho: Traeremos á Fulvio muerto ó vivo!

El noble marqués Andrea Visconti Armellino, intendente segundo de la policía, iba con ellos, no tengo necesidad de decirlo.

Los unos corrieron á su palacio. Nada!

Otros fueron á la villa Palmerini, en donde vive la Belloni, la *diva delle diva!*.... la que enloquece á todos los jóvenes.... Nada!

Otros más fueron al palacio Pellavicini, á casa de la marquesa Aurora (y el príncipe Francisco no sabia esto).... pero ni sombra de Coriolani!

Unos corrian por aquí, otros por allá, á casa de la condesa, de la baronesa, de la princesa, del intendente.... pero ni rastro se hallaba!

Nada! Nápoles es una gran ciudad,—pero Coriolani es tan grande como Nápoles, y no es fácil que el uno oculte al otro.

De pronto, amigos míos, se estendió en el palacio Doria, el rumor de que se habia hallado un charco de sangre en el puente de la Magdalena.... Va siendo moda hallar sangre de noche en nuestra ciudad!.... Y dijeron:

—El príncipe Coriolani ha sido asesinado!

Los Malatesta soltaron la carcajada, respondiendo..... Adivinad qué!

Respondiendo:

—Asesinado, no, asesino, sí!

Hubo un gran rumor entre la multitud, y Mariotto se frotó las manos. Este rumor estaba preñado de nuevos carlinos.

La multitud, ansiosa, iba á vaciar sus bolsillos por saber el resto.

—No nos lo dices todo, Mariotto, exclamó en efecto el coro.

—Sabes mas de lo que quieres aparentar.... Hay en eso una historia, Mariotto.

—Ah! ah! mis buenos amigos—replicó el improvisador sonriéndose—no se os escapa nada.... No serian por cierto los romanos los que hubieran adivinado tan bien.... ni los milaneses.... ni los de Turin ó de Florencia.... En cuanto á Venecia.... en paz descansen! no hablemos mas!..... Sí! sí! camaradas, hay en esto una historia.... dos

historias.... tan cierto, como que tengo que trabajar mucho para man tener á los hijos y á la muger!.... Y no creo que querais aprovecharos de balde de mi trabajo..... Oh! no! no, amigos míos!

—La historia! la historia! la historia! gritó tumultuosamente el coro.

—Cuál? preguntó Mariotto. Puedo deciros cómo nuestro Fulvio ha sido acusado de homicidio ante el príncipe real en persona.... y puedo deciros en dónde lo han visto dos horas despues de su salida del palacio Doria!.....

—El asesinato! escogió la mitad del coro.

—El príncipe! clamó la otra mitad; por qué ha abandonado el príncipe el festin de sus propios esponsales?

—Puedo deciros tambien, continuó Mariotto, á quién pertenece esa sangre que ha sido hallada en el puente de la Magdalena.

—Dilo! dilo! dilo, Mariotto!

Mariotto hizo un ademan para levantarse el cinturón, hecho pedazos, que sostenia sus calzones.

—Vale un *tari* (dos carlinos) cada historia! pronunció con voz firme.

Habéis leído las descripciones de las tempestades en las tragedias clásicas? Crébillon, el mayor, tiene muy buenos trozos de este género. El *mónstruo de los lomos azules* cava abismos sin fondo, y envía sus olas hasta el cielo....

Y no mas.

Pues bien! las tempestades de tragedia son borrascas en miniatura, junto á la revolucion suscitada por las últimas palabras de Mariotto Cigoli, célebre improvisador.

La multitud se agitó, murmuró, gritó, juro, ahuyó, pateó. Todos los puños se cerraron, á fin de amenazar á ese pícaro Mariotto, ese ladrón, ese rufian, ese falsario!

Pero despues de haber echado lumbre y llamas, en toda la estension de la palabra, la multitud llevó la mano al bolsillo, y hubo un *tari* de colecta.

Entonces Mariotto dijo con aire enternecido:

—Tendreis dos historias por ese miserable *tari*, tortolitas mías!.... dos hermosas, dos magníficas historias, que ni el diablo es capaz de urdir las mejor!

Primeramente, y esta *va de ribete*, la historia del puente de la Magdalena.

Ah! con que quereis misterios! Santísima Trinidad! pues los tendremos de sobra.

Toda la tarde, amigos míos, ha habido un sloop inglés en la rada. La chalupa de este sloop, cuyo nombre nadie sabe, estaba amarrada en

el malecon de la Marinella, no lejos del puente. Habia dentro cuatro enormes ingleses, con el cuello del paltó levantado.....

Qué hacian allí? eso mismo pregunto yo.

El patron tenia anteojos azules, como ese á quien habeis hecho la girella hace un momento.

Dos veces hizo el sloop señales, y dos veces se han oido sonidos de trompa en el extremo de la Strada regia di Portici.

Mirad á ver si el señor Onofrio no anda por ahí, y pueda oir algo,

La multitud se examinó. No habia por allí, ni el señor Onofrio, ni ninguno de sus colegas.

Mariotto prosiguió:

—Al caer la tarde, un hombre se presentó solo en el puente de la Magdalena.

Casi inmediatamente despues, llegaron hasta él seis gendarmes.

El hombre les señaló la barca, como si hubiera querido denunciar á los ingleses.

El sargento le dió un bolsillo.

Luego bajaron juntos el puente.

Algunas gentes que pasaban por allí, cuando la noche habia cerrado completamente, oyeron un grito.

La barca se alejaba á fuerza de remos.

Corrieron. Bajo el puente, no habia ya ni desconocido, ni gendarmes, sino un charco de sangre, y un puñal con tres palabras latinas grabadas en la hoja: *Agere, non loqui!*.....

Pero hé aquí el gran negocio, palomas mias! se interrumpió Mariotto, en el momento en que todos lo iban á acabar á preguntas; hé aquí el secreto.... y Dios sabe lo que sucederia si alguno fuese á contar la cosa al palacio Doria!.... Acercaos.... mas, mas!.... y abrid los oidos!

No eran necesarias ningunas de estas precauciones oratorias.

La multitud devoraba de antemano sus palabras.

—El príncipe Coriolani—prosiguió—salió del palacio á eso de las seis de la tarde.... A las siete, yo que os hablo, yo con mis propios ojos, lo he visto.... no con su traje de Alteza, sino disfrazado de....

—Disfrazado de qué? esclamaron por todas partes, porque Mariotto se habia detenido bruscamente.

Pero éste parecia herido de terror. Hubiérase dicho que habia percibido la cabeza de la Medusa, allí, entre la sombra del vicoletto Delfino. Se habia quedado con la boca abierta y los ojos fijos.

La multitud, impaciente, repetia:

—Disfrazado de qué? disfrazado de qué?

Y como la mirada de Mariotto permaneciese fija, en direccion de la embocadura del callejon, todos los ojos se volvieron hácia aquel punto.

Vieron de perfil solamente, un instante no mas, á aquel pescador de heróica apostura, que un rato antes ocupaba el mismo lugar que ahora tenia el público de Mariotto, entre el marino de la pipa y ese extraño personaje enroscado en el suelo como un gusano.

Muchos se preguntaron:

—Quién es este?

Algunos cambiaron entre sí rápidas miradas.

Uno solo pronunció ese nombre que ya hemos oido:

—Beldemonio!

Pero la vista del demonio mismo, ora sea bello, ora sea horrible, no es capaz de contener la fogosidad de la curiosidad napolitana.

Los interrogatorios dirigidos á Mariotto el improvisador, comenzaban y se cruzaban de nuevo, cuando un grito raro dominó todos aquellos rumores.

Este grito, de una especie particular, no hay un parisiense que no lo haya oido. Auriol, el célebre maestro del salto peligroso, lo lanzaba siempre á su entrada en el circo. Auriol lo habia aprendido de los bufones napolitanos.

Grito de tenor *operado*, burlon y alegre; grito débil y penetrante que parece salir de la garganta de madera de una muñeca.

Vieron saltar por encima de todas las cabezas, que se hacian á un lado lo mejor que podian, un cuerpo ligero, pero de un considerable volumen; luego, una criatura prodigiosa, habiendo salvado así al vuelo el círculo de curiosos, se puso á ejecutar en el centro los mas fantásticos movimientos.

La criatura se habia dejado caer sobre las manos, y marchaba en una posicion enteramente vertical, con los piés al aire.

El pueblo, ese pueblo que parece siempre compuesto de grandes muchachos, se puso á reir, y gritaba:

—Bravo, Saltarello!

El Saltarello, que no era otro que el elástico de la fuente, lanzó su grito, y saludó muy respetuosamente con los piés; luego, saltando al pretil y del pretil al nicho mismo de una de las Vírgenes, enredó sus piés, quién sabe cómo, entre los vestidos de piedra, y se colgó de pronto, sostenido solamente de aquel punto.

La multitud lanzó un grito de terror y de admiracion.

En esta postura, la cabeza del Saltarello estaba cerca de la oreja de Mariotto.

Le dijo en voz baja estas solas palabras:

—Una palabra de mas, y tu muger queda viuda!

Luego, se dejó caer sobre las manos en el pilon de la fuente, rebotó como una pelota elástica; hizo el salto indio, el salto chino, el salto peligroso, y escogiendo con la vista la elevada cabeza de Gaspardo, el pescador, la alcanzó con un brinco sublime, apoyó en ella sus dos manos, como los niños que se ejercitan al salto, y salvó de nuevo la valla de los curiosos, haciendo en el aire una machincuepa incomprensible.

Gaspardo, el pescador, no tuvo tiempo ni para jurar *Cospetto!* y *Corpo di Bacco!*

El Saltarello había ya desaparecido.

VIII.

HAZAÑAS DEL PORPORATO.

CUANDO la multitud hubo gritado á todo su sabor: *Bravo, Saltarello!* *Bravo!* se volvió á su improvisador.

Era acreedora. Quería la historia, por su dinero.

Qué cosa mas justa?

Pero el improvisador estaba mudo y pálido. No parecía tener mucho humor de contar. Su mirada, llena de inquietud, recorría el círculo que le rodeaba, y pasando por encima de todas las cabezas, sondeaba las profundidades mas y mas sombrías de la Strada-di-Porto.

Los braseros iban, en efecto, apagándose, y las candelas lo mismo. La hora de las comidas al aire libre había pasado ya, y los hornos improvisados podían enfriarse.

El concierto de gritos mercantiles había perdido su viveza y su foga. Ya no se vendían mas que golosinas y frutas, y eso, eran las golosinas desdeñadas en un principio, y la fruta que había quedado en el fondo de los canastos.

A los que vienen tarde, los huesos—dice ese proverbio de las escuelas, casi tan feroz como el—Ay de los vencidos!—de los antiguos galos.

Los facchini hartos, los pescadores cuya sed estaba satisfecha, los pobres representantes de todas esas pequeñas industrias, obsequiosas é importunas, que hacen vivir la pereza napolitana, una vez que tenían el vientre lleno, miraban con desprecio las viandas demasiado cocidas, las naranjas picadas, los melones un poco pasados, que los vendedores ostentaban lo mejor que era posible, procurando á todo trance su venta.

Dios sabe que se necesita poco para llenar los estómagos de Nápoles! Con la propina de un cargador de carbon, de Lóndres, le daríais de comer espléndidamente á media docena de facchini.

Aquellos mercaderes que habían acabado su venta, se volvían hombres de holgorio, mezclábanse á la multitud, y comían un bocado de rato en rato.

Los últimos reclamos, lanzados á largos intervalos y con una especie de desaliento, en medio de esa multitud, un momento antes tan ansiosa de comprar, eran como un eco entristecido de la última hora del festín.

—Con dos carlinos, cantaba á lo lejos la vendedora de pasteles, be-beis, comeis y os lavais la cara!

Tal era la transformacion cuotidiana que sufría la Strada-di-Porto, teatro de las glorias oratorias de Mariotto.

Sin embargo, hubiera podido decirse que éste veía entre aquellos grupos ambulantes de que aun estaba llena la calle, cosas que se escapaban á la vista de sus auditores, y que él mismo no había notado hasta entonces.

—Aquí están todos—murmuraba hablando para consigo mismo—y la policía tambien!... Que diablo de zarabanda vamos á danzar esta noche?

Un hombre, que á primera vista le hubiéramos tomado por un Peter Paulus en persona, se detuvo frente á frente de él, un poco fuera del círculo de los oyentes.

Tenia el sombrero hasta los ojos, y su northwest ó paltó de marinero inglés con el cuello levantado hasta las narices.

Sus ojos se ocultaban detrás de unos espejuelos azules.

Este hombre hizo una señal con la mano á Mariotto.

Mariotto le respondió, dirigiendo la vista hácia el callejon Delfino, detrás de la fuente.

—Vamos, Mariotto, vamos! gritaba el gentío; tienes ánimo de hacernos dormir aquí?

Mariotto pensaba:

—Pues hay mas de uno que dormirá esta noche.... el sueño eterno sobre estas losas!

Ya voy, ya voy, mis buenos amigos, replicó en voz alta; ese chapulin del diablo fué quien nos ha interrumpido.... No tengais cuidado, que nada perderéis. Yo soy quien os lo dice.

Pero antes de referir al lector cómo hizo Mariotto para satisfacer á su auditorio, sin poner á su muger en el peligro de quedar viuda, nos vemos obligados á seguir, por un instante, á ese personaje disfrazado de Peter Paulus, que se dirigia con un paso lento y pesado hácia el vi-coletto Delfino.

En el momento en que dió vuelta á la fuente, quedó completamente envuelto entre las sombras mas espesas, porque es de saberse que en el callejon no habia faroles.

—Ohé! dijo este hombre, imitando lo mejor que podia el acento inglés; si haber alguno aquí, que me hable.... yo no ver una gota!

Una carcajada de risa sofocada se dejó oír junto á él.

—Buenas noches, Sansovina, le dijo una armoniosa vocecilla de muger. Beldemonio está fuera esta noche, y te espera.

—Le hablaré yo?

—No.... pero me hablarás á mí, y será lo mismo.

Y vió una forma esbelta y femenil que salia de entre las sombras de una puerta baja.

—Ah!..... dijo él; sois vos, signorina? Es, por fin, para esta noche?

—Es preciso, Sansovina, puesto que mañana ya no seria tiempo.

—Y todo está dispuesto?

—Todo lo estará.... Beldemonio se pondrá él mismo á trabajar.

La jóven que estaba frente á Sansovina, le puso sus dos manos sobre sus espaldas, y le miró riéndose.

—Si hubieras estado aquí, hace un rato, viejo lobo, le dijo; hubieras podido aprender una leccion de chapurrado inglés.... Le hablé á un hombre, creyendo que eras tú.... y nos hemos visto obligados á hacerle una girella para desembarazarnos de él.... Qué hay de nuevo?

—Mucho!.... Se nota cierto movimiento en el puerto.... Se diria que las guardias tienen aviso ya.

—Sí lo tienen, dijo friamente la muger.

—Un hombre ha sido asesinado esta noche, bajo el puente de la Magdalena, á cincuenta pasos de nuestra barca.

—Dios haya recibido su alma!.... Ya lo sabemos.... ¿qué vienes á anunciarnos?

—Vengo á anunciaros una cosa, y á informarme de otra.—No hemos visto á Ruggieri en todo el dia.....

—Beldemonio ha tenido necesidad de él.

—Y tambien de Cucuzone?

—Sobre todo, de Cucuzone.

—Está bien.... pero nuestras gentes murmuran.

—Hazlos callar.

—Lo procuraré.... La cosa que vengo á anunciaros es, que la barca ha tenido que dejar su puesto de frente al puertecito.... Habia allí una nube de moscos.....

—Ya lo sabemos tambien..... Habeis amarrado en la embocadura del Sebeto.....

—Y desde allí fué donde oimos el grito del hombre asesinado..... pero hay tantos moscos en la Marinella, como en el puertecito.... hé aquí lo que conviene que sepais; he levantado el ancla. Con nuestros remos envueltos en paja, hemos ganado la alta rada, doblado la punta del Castillo del Huevo, y mojado al oeste de la playa de Chiaja, en las rocas, entre la tumba de Virgilio y las grutas de Puzzole.

La signorina permanecia silenciosa.

—Me habeis oido? preguntó el pretendido marinero inglés.

—Beldemonio no quedará contento, respondió ella. Será necesario atravesar toda la ciudad para llegar á la barca.

—Hay veinte chalupas que están de vigilancia, entre el puerto y la Magdalena, replicó Sansovina.

—Y el Sloop?

—El Sloop ha cambiado tambien de lugar, á causa de una goleta de guerra que ha estado cruzando toda la tarde la Gajola y el cabo Miseno.... El Sloop pasó el canal de Prócida, y ha echado el ancla al otro lado de la isla, al oeste-sud-oeste del Fusaro.... Y todavía, plegue á Dios que lo dejen allí en paz!

—Eso es todo lo que tenias que decir?

—Todo; contestó el marino inglés.

—Y qué tenias que preguntar?

—La hora en que la barca aparejará.

—Si hay alguno, fuera de Dios, que pueda saberlo, Sansovina, replicó la jóven, es solo el maestro..... y tú no puedes hablarle al maestro, que está lejos de aquí ahora..... Vuélvete á tu puesto, y vela toda la noche..... Tal vez puede ser dentro de un instante..... tal vez tendreis que esperar hasta el alba!..... Hay obstáculos numerosos que ninguno podia preveer..... El prisionero ha sido sacado del calabozo, cuyos barrotes estaban limados de antemano, y encerrado en una bóveda..... Está completamente incomunicado..... Las guardias han sido dobladas, tanto en el interior del castillo, como afuera..... Pero, qué importa todo esto, puesto que la voluntad del maestro es que el prisionero quede libre?.....

—Beldemonio no tiene, sin embargo, alas como un pájaro? murmuró el marino.

La mano de la joven oprimió con fuerza su espalda.

—Tiene alas como un ángel, pronunció en voz baja, ó como un demonio.....

Un minuto despues, el callejon estaba de nuevo silencioso, y en apariencia solitario.

—Lo juro por mi alma! decía nuestro improvisador Mariotto, á quien su auditorio estrechaba muy mucho; y cómo quereis que me espusiera yo á condenarme por un tari? tendria eso sentido comun, palomitas mias? No habrá lugar siempre de hablaros de Coriolani?.... Lo grave, lo urgente es, que ese famoso baron de Altamonte será ejecutado, mañana muy temprano.... Nadie podria deciros tantas cosas sobre este personaje como yo.... Oidme, amigos mios....

—Devuélve el dinero! gritaron cinco ó seis voces rudas; nos has engañado..... Nada le ha sucedido al príncipe Fulvio!....

—Que nada le ha sucedido, Spirito-Santo!..... y á mí es á quien lo vienen á decir?

—Pues bien, qué le ha sucedido?

La lógica de los oyentes napolitanos es inexorable.

Mariotto se agitaba como un energúmeno.

—Hay gentes honradas sobre la tierra? exclamaba. Si sabré yo mejor que vosotros lo que hay de interesante en mis noticias?..... Se ha oido hablar jamas de gentes que se taparan las orejas cuando se les iba á hablar del Porporato?

Este nombre producía siempre grande efecto.

Sin embargo, por esta vez hubo algunos murmullos.

—Bueno! exclamó el improvisador, que vió que habia pasado lo mas fuerte de la tempestad; quedo advertido..... No os diré lo que ha pasado esta noche misma en el Castel-Vecchio..... No os hablaré del subterráneo que los Compañeros del Silencio habian cavado bajo el vicoletto de Santa María, para llegar hasta el calabozo del Porporato.....

—Un subterráneo! dijo el coro, lleno nuevamente de febril curiosidad.

—No! no! continuó Mariotto; no quereis saber nada de eso.

—Y mucho que sí!

—He oido mal, por ventura?

—Habla! habla!! habla!!!.....

—Entonces, entendámonos, amigos mios.... Soy un cristiano, co-

mo cualquiera de vosotros, y no una pelota que se abienta de aquí para allá.... Me dareis, espero, un carlino de más por el subterráneo, los Compañeros disfrazados de carceleros, y el modo como todas esas cosas han sido descubiertas.

No se oía, muy frecuentemente que digamos, la voz de Gaspardo el pescador.

Era un bajo profundo—como un pozo.

—Echádmelo acá, dijo, ya hace rato que se burla de nosotros..... voy á partirlo en dos, como un pedazo de pan.....

—Bien! bien! exclamó con mucha presteza Mariotto, que ya se veía partido en dos, por la cintura, como una avispa, ¿no comprendéis, mis queridos amigos, que he querido chancearme? Está prohibido, acaso, divertirse entre camaradas?.... Hé aquí la cosa, y yo soy el único en Nápoles que puede decíroslo, lo juro, por vida de San Graciano! Cuando el tesoro del palacio real de Capodimonte fué pillado, en este invierno, el Borbon se puso tan colérico, que aumentó diez mil ducados más á la gratificacion prometida al que entregara al Porporato.

Esto formaba una suma de cincuenta mil ducados! Bonito bocado! Pero nadie puso la mano sobre el Porporato.

Sucedió, poco tiempo despues, que las joyas de la villa Regina desaparecieron; luego toda la plata labrada de la villa Floridiani, en donde el rey habia guardado toda su vagilla; mas tarde el tesoro del arzobispado.....

Prometieron veinte mil ducados más al que entregara al Porporato!

Pero, oh, mis caros amigos! Cómo cojer lo que es impalpable?

Una noche, Bianca Barberini, la hija del duque, fué robada. Aquello causó un duelo profundo! Una carta sin firma le previno al anciano duque, que mediante cincuenta mil onzas de oro dobles, de á seis ducados, le devolverian la única esperanza de su raza.

Ya lo sabeis bien. Montó el duque á caballo, y él solo se dirigió al lugar indicado, mas allá de Salerno.

Así estaba ordenado en la carta.

Se adelantó por la gran llanura, entre los dos torrentes que difunden la Malaria, el Tusciano y el Selo, hasta el pié del monte Alburno, cuya base está cubierta de un espeso bosque.

Vió los rebaños de ciervos y los puercoespines, que no huyen ante los cazadores reales.

Vió el trozo de granito que señala el lugar en que el cónsul romano deshizo el ejército del esclavo Spartaco.

Vió en el horizonte, lejos, muy lejos, la antigua ciudad de Pœstum, desierta, silenciosa, inmóvil como un fantasma, y durmiendo hace ya dos mil años bajo el polvo de sus ruinas.

Vió eso. El sol, al ocultarse entre las nubes de occidente, enrojecia con sus rayos de oro y grana, las cumbres de la montaña.

La sombra se prolongaba delante de él, y llevaba hasta sus piés casi, la sombra gigantesca del templo de Neptuno.

Nadie habia en la llanura; nadie en la ciudad arruinada, hasta el momento en que el sol, bordando las nubes con una orla de fuego, ocultó su disco entre las aguas del golfo de Salerno.....

Entonces se presentó un hombre, vestido de púrpura, como el sol que acababa de ocultarse; vestido de púrpura desde la pluma de su fieltro cabalrés, hasta la zuela de sus botines!

Su rostro se ocultaba detrás de una máscara roja.

Señaló el límite del bosque. Bianca Barberini estaba allí, detenida por dos hombres, y con los brazos tendidos hácia su padre.

El viejo duque contó las cincuenta mil onzas de oro, en billetes de banco ingleses.

El hombre vestido de púrpura, *il Porporato*, no se digno siquiera inclinarse para tomar la suma.

El no toca jamas el oro, sino para dar con profusion.

Puso á Bianca en manos de su padre; saludólos como un gran señor, y desapareció entre el bosque.

Desde entonces, desde aquel momento, los que aman á Bianca Barberini no la han vuelto á ver sonreír jamas.....

—Vaya una cosa bien contada! exclamó Farfalla, mientras que Mariotto tomaba aliento.

—Ah! dijo Masacchio, pálido con la emocion que producía en él la poesía del paisaje y de la narracion. Mariotto es un napolitano cuando quiere!

—Gracias, Farfalla; Masacchio, gracias! dijo Mariotto lleno de orgullo; se conoce que sois conocedores.....

Después de Bianca Barberini, llegó su turno á Preziosa Balbi. Figuráosla; diez y seis años; novia de Pisanelli, de Mantua.

Esta, menos rica, fué rescatada por treinta mil onzas de oro.

Bianca Barberini es ahora una hermosa estátua de mármol! Preziosa Balbi es religiosa profesa en el convento de las carmelitas de Capodimonte.

Ella es quien lo quiso.

Después de ésta, fueron dos al propio tiempo; Juana Palliante, de los príncipes Paleólogo, novia del conde Loredano Doria-Doria, y Matilde Farnesio, ahijada del rey Fernando, á quien Dios conserve muchos años.

Para recobrar á Juana, fué preciso que Fulvio Coriolani.....

Mariotto se interrumpió bruscamente en este punto, y miró hácia el callejon por donde el Saltarello habia desaparecido.

—Anda! exclamaron muchas voces; dínos cómo obtuvo Coriolani á la novia de Loredano Doria.....

Habia sobre el rostro del improvisador, como una especie de reflejo de la turbacion que le habia acometido en el momento de la invasion del Saltarello.

—Ya lo sabeis mejor que yo, tortolitas mías! respondió él. Cuando habla uno de Coriolani, va lejos.... Mirad solamente á Giovanna Palliante, cuando pase en su coche, y decidme á dónde se fueron sus hermosos colores..... Decidme tambien, por qué esta noche no se celebran en el palacio Doria dos esponsales?..... Se puede bien rescatar á las cautivas del Porporato; pero de ese palacio que posee, solo Dios sabe dónde! ya se sabe que las vírgenes nobles, no traen su alma!.....

En cuanto á la bella Matilde Farnesio, nadie ha podido reconquistarla; ni siquiera Fulvio Coriolani!

No sabeis, amigos míos!..... Seria una cosa estraña y grande, como los combates de gigantes, que Fulvio Coriolani luchara cuerpo á cuerpo con el Porporato.

En el entretanto, el rey, llorando á su ahijada querida, ha dicho:

—“ Daría cien mil ducados á quien me entregara á ese demonio.”

Pero si se pensara en Dios, como se debe, se tomarian tanto trabajo, amigos míos?

Dios es Omnipotente! Lo que el hombre no puede hacer, sucede naturalmente por la voluntad de Dios!

Un dia de la otra semana, una vieja, la antigua criada de Samuel Graff, el rico, que habia gauado su fortuna al servicio del antiguo duque del Infantado, vió pasar á un señor al salir de la iglesia del Monte-Oliveto.

Es la Beata, á quien conoceis muy bien, y que da pequeñísimas limosnas, para purificar los buenos ducados que robó en otro tiempo á su amo.

La Beata, al ver á ese señor que pasaba, lanzó un grito y cayó desmayada. Por qué? porque habia reconocido al asesino del rico Samuel Graff.....

—De veras? de veras? dijeron muchos de los oyentes.

—Ya lo sabemos! contestaron otros.

Y la mayoría:

—Dejad hablar á Mariotto.... está de vena ahora!

—De vena! exclamó agriamente el improvisador. Pues qué, hay dias en que otros platican mejor que yo, en vuestro concepto, corderitos míos?.... Pues idlos á escuchar entonces, os lo aconsejo.

—El primer charlatan que interrumpa á Mariotto, pronunció solem-

nemente Gaspardo el pescador, sufrirá una girella doble, de un extremo á otro de la calle, de ida y vuelta..... y tú, Mariotto, anda derecho, que ya estás pagado!

Esta sentencia de dos filos, digna de Salomon, fué universalmente aplaudida.

—Es un oficio duro el mio! replicó el improvisador. He visto los tiempos en que se trataba con mas respeto á las gentes instruidas y literatas que se consagran al pueblo de Nápoles. Pero no importa, hijos mios, la gloria no llega sino despues de la muerte!

La Beata se dirigió sin demora á la intendencia de su cuartel, porque el señor Spurzheim, director de la policia real, estaba en cama enfermo.

La Beata declaró, tan cierto como que estoy aquí yo, los hechos siguientes:

Hace tiempo, un extranjero llegó á la casa del rico Samuel Graff, en Palermo, que es la capital de la Sicilia.

El extranjero era hermoso y bien formado; se llamaba Felice Tavola, y traía cartas de España.

Samuel Graff lo recibió cordialmente.

Bien pronto, Felice Tavola adquirió confianza en la casa.

Una noche, la Beata se despertó de pronto. La casa estaba llena de ruido y de gritos. El huésped del rico Samuel Graff habia introducido en la casa á los bandidos del Sur, que se dan á sí mismos el nombre de Compañeros del Hierro y del Carbon.

Los *Cavalieri Ferrai* tenían una venganza que ejercer contra el antiguo servidor del duque del Infantado.

Habian ya dado muerte del mismo modo al marqués de Francavilla, al coronel Trentacapelli y á otros muchos....

La casa fué completamente pillada. Samuel Graff, asesinado, tenia en el pecho un puñal calabrés, en el que estaban grabadas estas palabras latinas: *Agere, non loqui.*

—Lo mismo que el hombre asesinado del puente de la Magdalena! dijo Russola; mientras que un estremecimiento de terror se estendia por la multitud.

—El puñal del Silencio! pronunció lentamente Mariotto.

Luego prosiguió:

—El huésped, el comensal del viejo Graff, ese Felice Tavola, desapareció con los bandidos, y todo Palermo reconoció en él al terrible Porporato.....

Estos son sucesos cuya memoria no se borra jamas. Ese señor á quien la Beata vió pasar al salir de la iglesia del Monte-Olivetto, era Felice Tavola.

El mismo! Ya sabeis que en la corte llevaba el nombre de el baron de Altamonte. Pero, le importa tan poco cambiar de nombres!

Si se tomara uno el trabajo de contar, hallaria que cuando menos ha variado ya una docena!

El baron de Altamonte se echó á reir cuando quisieron aprehenderlo. Reclamó el testimonio del caballero Hércules Pisani, del coronel San Severo, del anciano banquero Masimo Dolci, y del mismo señor Juan Spurzheim, director de la policia real. Reclamó tambien el testimonio del príncipe Coriolani..... El rey mandó que lo pusieran incommunicado.

La cámara del crimen se reunió. Hicieron venir testigos del pais de Monteleone y de Sicilia. El asesinato de Samuel Graff quedó probado hasta la evidencia.

Pero lo que no podia absolutamente comprobarse, como dicen las gentes de pluma, era la identidad del Porporato.

Los testigos venidos de Monteleone y de Palermo, reconocian bien, como la Beata, á Felice Tavola; pero ninguno de ellos habia visto jamas al Porporato.

Y como la justicia se ha engañado tantas veces!.....

Vosotros á quienes hablo, palomitas mias! no habeis visto ya cinco ó seis vulgares vagamundos subir al cadalso y ostentar allí orgullosamente ese gran nombre de Porporato, como el asno de Esopo que se habia puesto la piel del leon?

Al dia siguiente de la ejecucion, el verdadero Porporato daba siempre alguna terrible y sangrienta prueba de su existencia.

El rey quiso aclarar la cosa.

Habia en Nápoles cinco personas que habian visto con sus propios ojos al Porporato, y que no podian decir no.

Eran, primeramente, esas tres bellas criaturas:

Bianca Barberini;

Preziosa Balbi;

Y Juana Palliante, de los príncipes Paleólogo.

El cuarto, era el anciano duque Trivulzio de Barberini. Y el quinto, finalmente, el príncipe Coriolani.

El duque habia visto al Porporato por Bianca, su hija; el príncipe le habia visto cuando fué á recobrar á Juana Palliante, novia de Loreddano Doria.

El rey mandó que el baron de Altamonte, ya condenado por la corte del crimen, fuese revestido con ese traje rojo, que es el vestido ostensible del gran maestro del Silencio.

Mandó, además, que Felice Tavola, supuesto baron de Altamonte, fuese confrontado con las tres nobles jóvenes, y con los dos señores.

Pensais, amigos, que cualquiera otro podria revelaros, como lo hago yo, los secretos de estado? Si tal es vuestra opinion, os equivocais mucho. El hombre está sujeto al error; no hay, pues, que avergonzarse de decir: Me equivoqué.

Ahí teneis cuatro coches parados delante del antiguo Castillo. Bianca Barberini venia con su padre; Preziosa Balbi, con la superiora de su convento; Juana Palliante, de los príncipes Paleólogo, con la duquesa de Leuchtemberg, parienta de los príncipes de Baviera, su tia.

Fulvio Coriolani venia solo en el cuarto coche.

Los que vieron esta escena, dicen que Fulvio tenia la frente pálida, y habia no se qué de tristeza en su mirada.

En la antigua sala de armas de Castel-Vecchio estaban reunidos el príncipe real, Francisco de Borbon, el ministro de Estado, el intendente superior de la policía, el presidente de la corte del crimen, el arzobispo de Nápoles, y algunos otros personajes principales.

Tan luego como los testigos entraron, introdujeron al baron de Altamonte, vestido con su casaca roja, con una pluma carmesí en el sombrero, y una máscara del mismo color sobre el rostro.

Bianca Barberini y su padre, fueron los primeros que se acercaron.

—En nombre de Dios vivo, dijo su Illma., el arzobispo de Nápoles, que presidia: reconoceis al Porporato aquí presente?

Bianca ocultó su cabeza en el seno de su padre. Su mirada se habia vuelto un instante hácia Coriolani. No tenia fuerzas ni voz.

Se sabe acaso el número de todas las que adoran en secreto al hermoso Fulvio?

El anciano duque respondió por su hija:

—No reconocemos á éste por el Porporato.

Preziosa Balbi se adelantó, sostenida por la superiora. Lo que ella sufría nadie lo notaba, á causa de lo tupido de su velo.

La decian que mirara á Altamonte, y su cabeza inmóvil permanecia vuelta hácia Fulvio Coriolani.

—En nombre de Dios vivo, repitió el arzobispo, reconoceis al Porporato aquí presente?

Detrás del velo se oyó un *no* débil y confuso.

Luego la religiosa se desmayó entre los brazos de la superiora de su convento.

Habia llegado el turno de Juana Palliante.

Esta descende de emperadores, y tiene la belleza de una reina.

Al pasar, saludó á Coriolani, su salvador.

—En nombre de Dios vivo, dijo ella antes de que la hubiesen interrogado, ese hombre que está ahí presente, no es el Porporato.

Decia la verdad?..... Lo cierto es que cayó desmayada á los piés del tribunal.

No faltaba mas que el príncipe Fulvio.....

Al referir esto, mis carísimos amigos, no invento nada. El dia en que el baron de Altamonte fué confrontado ante estos testigos, habia en la sala de armas del Castillo otras personas.

Habia ugieres, habia guardias.

Tengo necesidad de deciros que tengo por todas partes amigos? Es una necesidad de mi oficio.

Algunos me han dicho, que desde el principio de la sesion, Altamonte habia mirado fijamente al príncipe Coriolani á través de su máscara roja.

No habreis olvidado, palomitas mias, que este Altamonte habia reclamado el testimonio del príncipe en el momento de su aprehension; del príncipe, del director de la policía, y de otras personas principales, por que hacia un buen papel en la corte.

El príncipe le miraba, él tambien, severo y frio.

Pensaba sin duda, para sus adentros: Es posible que haya yo estrechado alguna vez la mano de este pícaro?

Dicen una cosa mas estraña aún.

En el momento en que Fulvio Coriolani se adelantó para declarar, Altamonte tendió su mano hácia el escudo que está encima de la puerta de los claustros.—Si no lo sabeis, os diré, que en tiempo de los españoles, el Castel-Vecchio servia de palacio al capitán general. El escudo contiene las armas de los Medina-Torre, con su divisa: *Cuidado!*.....

—En nombre de Dios vivo, pronunció por tercera vez su Illma., el arzobispo de Nápoles: reconoceis al Porporato aquí presente?

El príncipe respondió inmediatamente con una voz firme y segura:

—Sí, lo reconozco.

Altamonte dió un salto como un tigre; pero sus piés estaban engriados.

Bianca, Preziosa y Juana, vueltas en sí, lanzaron al propio tiempo un débil grito.

Con el único testimonio del príncipe Coriolani, el tribunal decidió en su conciencia, que el baron de Altamonte era el Porporato en persona.

Pero como nadie, á decir verdad, lo habia entregado en manos de la justicia, la recompensa de cien mil ducados quedó en el cofre de los tesoros reales.

Qué hubiera hecho de ese dinero Beata, la pobre vieja?

Pero notemos esto: muchas gentes piensan que los Compañeros del Silencio han jurado vengarse del príncipe Coriolani.

Hoy erraron el golpe, por la gracia de Dios Todopoderoso.

Pero lo errarán mañana?.....

Haria muy bien el ilustre y gracioso príncipe, de tener siempre presente en la memoria la divisa de los Medina-Torre, y estar siempre con *cuidado!*

Qué son esos Compañeros del Silencio? No lo preguntéis jamas, hermanos muy queridos. En dónde están? Aquí y allá; de cerca y de lejos; en todas partes.

Los hay en este círculo que me rodea, lo juraría por mi salvacion eterna.

Y algunos de vosotros, hablando de mí, pobre, infeliz, dicen; *El tambien es, sin duda.*

El rey está muy vigilante. Para libertar al Porporato esta noche, sería necesario demoler la antigua fortaleza, y no dejar piedra sobre piedra,

Lo intentarán?... Mañana lo sabremos.

No hablo mal, Dios me guardel de los Compañeros del Silencio.... Y pronuncio el nombre de Borbon, con todo el respeto debido. Vivimos, señores, en tiempos muy difíciles. Una palabra imprudente puede causar la muerte de un padre de familia.

Pero, por qué me habian de matar á mí, que soy tan bueno, y que no quiero mal á nadie?

Digo nada mas lo que es: las sombras de esta noche cubrirán una batalla.

Allá, del otro lado de la fortaleza, se notan ciertos movimientos entre las tinieblas, y se oyen voces sordas....

El ataque es inminente. La defensa está tambien preparada!

El regimiento entero de suizos está dentro del Castel-Vecchio. No lo sabíais?

Dos escuadrones de caballería ligera están situados detrás de la iglesia. Los dragones se han estacionado en diferentes puntos.

He visto lleno de bayonetas el patio del antiguo hospital; hay bayonetas tambien en el jardín de la Encarnacion; las hay en el circo de los Pallonari; en el sotto pórtico de San Antonio.

En cuanto á los conjurados.....

En este momento fué interrumpido Mariotto por un silbido agudo, que parecia salido de la azotea de una casa vecina.

Varios otros silbidos respondieron á lo lejos.

La Strada-di-Porto presentaba en aquel momento un aspecto del

todo nuevo. La mayor parte de las luces estaban apagadas. Todas las tiendas y *puestos* portátiles habian desaparecido.

Las puertas, no obstante, permanecian abiertas.

Habia aún mucha gente; pero formaba una media docena de grupos, reunidos en torno de los diversos improvisadores.

Al oír el silbido, todos hicieron como Mariotto. Reinó un repentino silencio.

En medio de este silencio, dos tocadores de *vezzo* del Abruzzo, colocados en las dos estremidades de la calle, se pusieron á tocar con energía, y apresurando el compás, la cancion tan conocida de Fioravante:

Amici, alliegro andiamo alla pena!.....

E inmeditamente se operó un rápido movimiento entre la multitud: una especie de escogimiento ó separacion.

En cada grupo, algunos hombres se desprendieron de improviso, atravesando el gentío, admirado é inquieto, abriéndose paso á codazos.

Una vez libres, echaron á correr hácia la parte alta de la Strada, conducidos por un robusto moceton, corto de piernas, vestido como los marineros del puerto, y por una muger jóven, vestida como las vendedoras de naranjas.

Todo esto tuvo lugar en un abrir y cerrar de ojos.

Casi en el mismo instante, en todas las embocaduras de los callejones, brillaron al mismo tiempo las bayonetas.

Los oyentes del elocuente Mariotto le buscaron sobre su pedestal. Habia desaparecido!

Las luces que aun quedaban, se apagaron como por encanto. No quedaron mas que tres ó cuatro reverberos humeantes, suspendidos á larguísimas distancias en toda la calle.

La multitud, muda de estupor, oía que cargaban las armas en los callejones.

Y luego, la voz de mando:

—De frente! marchen!

.....
Dos minutos despues, la Strada-di-Porto estaba herizada de bayonetas, á escepcion del rinconcito de la fuente de las Tres Vírgenes. Allí se habia agrupado la gente, silenciosa y tímida, como un rebaño de corderos.

En ese grupo hubiérais buscado en vano á nuestros amigos Farfalla, Miterino, Russola, Masaccio y otros.

Por algo habia sonado la cancion!

Gaspardo, el pescador, tambien habia tomado su portante al oír la señal.

De manera, que con toda verdad puede decirse que era un rebaño de inocentes corderos, el que los soldados del rey de Nápoles tenían acorralado entre el círculo de sus bayonetas!

IX.

ESCALAMIENTO.

SERIAN poco mas ó menos las diez de la noche, cuando la fuerza armada ocupó la Strada-di-Porto. Todas las demas avenidas de Castel-Vecchio estaban del mismo modo, perfectamente guardadas.

La autoridad habia tenido noticia de que se intentaba libertar aquella noche al Porporato.

Habia tomado, en consecuencia, sus precauciones, persuadida de que en tal caso, la audacia de la misteriosa asociacion, que parecia haber elegido por su domicilio la capital misma del reino de Nápoles, llegaria hasta á jugar á cara descubierta, intentando una batalla formal.

Nuestro camarada Mariotto nos ha dejado muy poco que decir acerca de esa hermandad del Silencio, que causaba hacia ya algunos meses tanta emocion en Nápoles, y que tenia ramificaciones hasta en las provincias mas lejanas.

Podemos, sin embargo, establecer desde luego dos hechos:

El primero es, que nadie sabia si esta asociacion, demasiado temible, para ser considerada como una simple compañía, de bandidos, tenia en el fondo alguna base política.

Esta duda, sobre todo, tenia al gobierno en perpetua alarma.

El segundo hecho es, que muy pocos se acordaban del origen de la

asociacion, por la simple causa de que la misma hermandad parecia haber olvidado completamente su punto de partida.

Ya no se trataba de vengar á Monteleone.

Si el asesinato por el cual el Porporato iba á perder su cabeza en el cadalso, tenia alguna relacion con los hechos referidos en el prólogo de esta historia, es porque el crimen, bastante antiguo ya, remontaba á los tiempos en que los Compañeros del Silencio, distantes de Nápoles, y ejerciendo su accion en los principados del Sur, daban la venganza por pretexto de sus crímenes, y se servian del nombre de Monteleone, como de un talisman, para con las poblaciones infelices de la Calabria.

Al presente, se habia impreso otra direccion á los trabajos misteriosos de la asociacion.

Ya sabemos que en las bóvedas subterráneas del Corpo-Santo, el caballero de Athol, ó si os parece mejor, el Porporato, habia dicho: "El pensamiento de Monteleone ha muerto con él. Que duerma en paz el santo mártir! Está vengado, puesto que yo me encargo de su venganza."

Eran estas unas palabras llenas de orgullo. Mas tarde sabremos, sin duda, si el Porporato habia cumplido su palabra.

Lo que es cierto, es que el Porporato no habia permanecido ocioso. Desde hacia algunos meses, habian tenido lugar hechos inauditos en Nápoles. Sumando los numerosos robos ejecutados con una audacia increíble, se hubiera encontrado que la corte y la ciudad habian sufrido la exaccion de una suma enorme.

Una sola circunstancia nos da, sin embargo, el derecho de pensar que esos audaces caballeros de la noche, que trataban á Nápoles como una ciudad conquistada, eran nuestros *cavalieri ferrai*, del valle del Martorello; una sola, y es el nombre de Felice Tavola, á quien conocemos por uno de los *Seis*.

Fuera de eso, nada hemos visto que nos preste motivo á pensar así.

Ninguno de los poseores de los anillos de hierro se ha presentado á nuestra vista.

No hemos encontrado, ni al viejo Amato Lorenzo, ni al caballero David Heimer, ni al gigante Tristany, mas alto y mas robusto que el mismo Gaspardo el pescador, ni á Policeni Corner ó Marino Marchese, dos bandidos elegantes, ni á Porporato, sobre todo.

Ninguno de ellos, en efecto, habia caido en manos de la justicia. Tavola era el primero.

Tavola? pero quién podia estar bien seguro de la identidad del mismo Tavola?

Muchas veces, ya los subalternos habian tomado el nombre del Porporato, y sostenido la mentira hasta el cadalso. Lo sabemos.